

# EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.<sup>a</sup> SERIE ✧ BARCELONA, febrero de 1895 ✧ NÚMERO 19

— Con el presente número se entregará el cuaderno 19 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EN LA FORTALEZA DE GLATZ:

El teniente Bach, viéndose herido en un brazo, arrojó su espada, precipitóse sobre mí y me abrazó



## SUMARIO

Los padecimientos del capitán Woodward (*conclusión*).—  
En la fortaleza de Glatz.—Hortensia de Castro (*continuación*).—Pensamientos.

## LOS PADECIMIENTOS DEL CAPITÁN WOODWARD

(*Conclusión*)

Por fortuna, llegó á los pocos días un barco malayo de piratas, los cuales desembarcaron en seguida, dejando una canoa abandonada por la noche. Cuando todos dormían, Woodward salió con sus hombres, apoderóse de la embarcación y saltó á ella con los suyos, que llevaban todos sus efectos y una regular cantidad de víveres.

Por de pronto, se dirigieron á una isleta situada á tres millas de distancia, en la cual desembarcaron; pero, no encontrando agua, trasladáronse á una punta de tierra, con la seguridad de no encontrar allí habitantes. Allí pudieron tomar agua, y, después de hacer algunas reparaciones en la canoa, enderezaron el rumbo hacia Macassar.

Después de tres días de navegación, comenzó á soplar un viento tempestuoso, que estuvo á punto de hacerlos naufragar; y para mayor desgracia, cuando se acercaban á tierra, vieron muy cerca una barca cuyos tripulantes remaban hacia ellos. Los europeos trataron de alejarse; pero los malayos consiguieron aproximarse lo suficiente para preguntar á Woodward dónde iba; y como contestase que á Macassar, diéronle orden de pasar á bordo de su barca.

Woodward no hizo aprecio, y, lejos de obedecer, procuró huir á favor del viento, con la intención de saltar á tierra cuando perdiese de vista á sus enemigos. Desembarcaron en un punto llamado Tranamare, á diez ó doce millas al S. de Travalla, y, después de haber descansado algún tiempo, continuaron el viaje, buscando la ruta hacia Macassar.

Otra embarcación llena de malayos, que habían divisado la canoa desde lejos, comenzaron á perseguirla, diéronle alcance muy pronto, y Woodward y los suyos fueron conducidos prisioneros á Pamboon, donde se les despojó de cuanto llevaban.

A la mañana siguiente, Woodward, que hablaba ya un poco el malayo, se presentó al Rajá para contestar al interrogatorio; y cuando hubo terminado díjole atrevidamente que debía ir á Macassar, asegurándole que el gobernador había enviado á buscarlos, y que si no se les dejaba marchar, todas las embarcaciones malayas que hubiera en aquel punto serían detenidas sin remedio. Después de reflexionar un poco, el Rajá mandó á un capitán conducirlos á Macassar en un barco, encargándole que tratara de obtener algún rescate.

Sin embargo, transcurrieron algunos días antes de que los cinco europeos salieran de Pamboon, que dista de Macassar noventa ó cien millas. En su viaje llegaron á una isleta

llamada San Bottam, á diez millas de Macassar, donde el barco estuvo detenido cuarenta y ocho horas. Woodward, cansado de esperar, envió á uno de sus hombres á tierra para anunciar al Rajá que le tenían detenido y que estaba enfermo. El mensaje produjo buen resultado, pues á poco el capitán de la embarcación malaya recibió una nota ordenando que dejara los prisioneros en libertad. Así se hizo, y llegados á tierra ofreciéronles el alimento necesario, disponiendo el Rajá que se preparase una embarcación para conducirlos á Macassar.

Llegados al día siguiente, desembarcaron el 15 de junio de 1795, y, gracias á la benevolencia del gobernador, natural de Amsterdam y hombre muy respetable, aquellos infelices fueron objeto de las más delicadas atenciones. El intérprete recibió orden de conducir á Woodward á su propia casa y facilitarle cuanto le fuese necesario, mientras que á sus cuatro compañeros se les alojó también convenientemente y no les faltó nada. Woodward obtuvo un traje completo, los fondos de que carecía y una regular cantidad de víveres. Llegado el día del embarque, se presentó al gobernador, á fin de darle gracias por sus bondades y pedir la cuenta de sus gastos; pero aquella autoridad le dijo que todo estaba pagado, añadiendo que podía pedir cualquier otra cosa que necesitase.

Para colmo de bondades, el gobernador le entregó diez y ocho rupias en metálico y cartas de recomendación para la primera autoridad de Batavia. El intérprete le hizo donativo de ocho rupias, y varios habitantes le ofrecieron regalos.

Woodward y sus hombres salieron de Macassar el 1.º de julio de 1795, y llegaron á Batavia el 11 del mismo mes. Al desembarcar, los cinco europeos obtuvieron pasaje á bordo del *Betsy*, al mando del capitán Miller, buque americano que se hacía á la vela para Boston, á cuya ciudad llegaron sin más percances.

## EN LA FORTALEZA DE GLATZ

(DE LAS MEMORIAS DE BARÓN DE TRENCK)

«Mi plan de fuga era el siguiente:

»La ventana de mi celda, con vistas á la ciudad, hallábase á noventa pies del suelo, en la torre de la ciudadela, de la cual no me atrevía á salir antes de tener un lugar de refugio en la ciudad. Un oficial se comprometió á proporcionármelo, y, tranquilizado por esta parte, comencé á trabajar en las tres barras de hierro de mi ventana; pero como no tenía más que mi cortaplumas mellado, no podía adelantar. Otro oficial, no obstante, me facilitó una lima, de la cual debí servirme con prudencia para que mis centinelas no me viesen.

»Concluido este primer trabajo, corté tiras de cuero de mi maleta, las cosí bien, y, agregando las sábanas de la cama, pude bajar sin percance desde aquella tremenda altura.

»La noche estaba muy oscura y llovía, fa-



voreciéndome esta circunstancia; pero debía franquear varios fosos llenos de cieno antes de llegar á la ciudad, cosa que yo no había tenido en cuenta. Me hundí hasta las rodillas, y, después de hacer increíbles esfuerzos para salir, me fué preciso llamar al centinela para rogarle que anunciase al gobernador que Trenck estaba clavado en el cieno.

»Por desgracia mía, era entonces gobernador de Glatz el general Fouquet, uno de los hombres más crueles. Herido por mi padre en un duelo, el Trenck austriaco se apoderó de sus bagajes en 1744, é impuso una pesada contribución al país de Glatz. En su consecuencia, era enemigo de nuestro nombre, y no perdió nunca oportunidad de dar á conocer sus sentimientos, sobre todo en la ocasión á que me refiero. El gobernador ordenó que se me dejase donde estaba hasta la noche, consintiendo en que fuese objeto de burla para los soldados, y después me sacaron medio muerto para encerrarme otra vez, sin agua para que me lavase. Nadie podría imaginar cuán mísero era mi aspecto y cuánto padecí al verme cubierto de cieno. Permanecí en aquella situación hasta la mañana siguiente, y entonces me enviaron dos compañeros de prisión para que me limpiaran.

»Desde aquel momento, mi celda me fué intolerable. Aún me quedaban ochenta lises de oro, de los que no se me despojó al trasladarme á otro calabozo, y este dinero me sirvió de mucho después.

»Antes de transcurrir ocho días desde mi última inútil tentativa para escapar, ocurrió un incidente que parecería increíble si yo, principal actor en la escena, no viviese aún para atestiguar la verdad, y si toda la guarnición de Glatz no hubiese sido testigo ocular. Este incidente probará que los proyectos audaces y más aventurados hacen á veces posibles las empresas en que menos se puede esperar buen éxito, y que las tentativas desesperadas tienen á menudo mejor resultado que los planes más bien combinados.

»El mayor Doo vino á visitarme, acompañado de un oficial de la guardia y de un ayudante, y después de examinar todos los rincones de mi celda dirigióme la palabra, acusándome de haber cometido un segundo crimen al tratar de obtener mi libertad. A esto añadió que mi proceder debía haber enojado más al rey.

»Al oír la palabra crimen, la sangre se me enardeció; y como el oficial me hablase de paciencia, preguntéle que á cuántos años de prisión me habían condenado. A esto me contestó que á un traidor á su país, que se hallaba en correspondencia con el enemigo, no se le podía condenar á un tiempo determinado, y que esto debía depender de la gracia y perdón del rey.

»En el mismo instante le arranqué de la espada, en la cual fijaba mi atención hacía algún tiempo; precipitéme hacia la puerta, derribé al centinela, que cayó rodando por la escalera; pasé por delante de los hombres que estaban á la puerta de la prisión; los atacé espada en mano, sorprendiéndolos de improviso; herí á tres ó cuatro, salté sobre la empali-

zada, y, con la espada en la mano, me precipité desde la muralla, sin recibir la menor lesión, á pesar de la grande altura. Después conseguí franquear el segundo muro con el mismo buen éxito. Nadie se atrevió á seguirme por aquel camino; y como los que quisieran ir en mi seguimiento debían rodear por la torre y la puerta de la ciudadela, obtuve una ventaja de media hora.

»Sin embargo, un centinela que estaba en un estrecho paso quiso detenerme en mi fuga; pero con mi espada desvié su bayoneta y le herí en el rostro. Entretanto, un segundo centinela corrió desde las obras exteriores para cogerme por detrás, y, á fin de evitar esto, salté por una empalizada. Por desgracia, mi pie quedó cogido en un hueco de las tablas, y el centinela, agarrándose á él, me retuvo hasta que sus compañeros llegaron. De este modo apoderáronse de mí y arrastráronme á la prisión, aunque yo me resistía como hombre desesperado.

»Si yo hubiese tenido más prudencia al saltar por la empalizada, despachando después al centinela que me cerraba el paso, sin duda habría conseguido escaparme, ganar las montañas y dirigirme á Bohemia, sin temer ya la fortaleza de Glatz, sus centinelas y sus muros y fosos; pero mi mala estrella no me permitió salvar las empalizadas, y en ellas acabó mi esperanza.

»En la prisión aumentó la severidad para mí. Dos centinelas y un oficial subalterno recibieron orden de permanecer junto á mí para vigilarme mejor, y se apostaron otros exteriormente. Se me maltrató sin compasión; tenía el pie derecho resentido á consecuencia de una torcedura; escupía sangre, y transcurrió un mes antes de que se curaran mis heridas.

»Poco después se me dijo que el rey me había condenado solamente á un año de prisión, á fin de saber si sus sospechas eran fundadas. Mi madre había presentado una petición para que se me concediese la libertad; pero se le contestó:

»—Vuestro hijo debe permanecer un año en la prisión, en castigo de su imprudente correspondencia.

»Yo ignoraba esto, y se dijo en Glatz que se trataba de tenerme encerrado toda la vida. Solamente me faltaban tres semanas para cumplir mi condena cuando hice aquella desesperada tentativa. ¿Qué debía pensar el rey? ¿No era natural que procediera con la severidad de que yo era objeto? ¿Qué podía excusar mi impaciencia, ni cómo se explicaba que me expusiera á una confiscación, cuando estaba seguro de recobrar la libertad, justificarme y merecer aprecio al cabo de tres semanas? Tal fué, sin embargo, mi adversa suerte. Todas las circunstancias se conjuraron contra mí, y dí motivos para que se me juzgase traidor, á pesar de la pureza de mis intenciones.

»Otra vez me hallaba en un calabozo, y apenas me hubieron encerrado medité nuevos proyectos de fuga. Por lo pronto, procuré granjearme la buena voluntad de los guardias.



Tenía dinero, y esto, con la compasión que yo inspiraba, podía servirme de alguna cosa entre los descontentos soldados prusianos. Muy pronto tuve dispuestos á mi favor treinta y dos hombres, que consintieron en ayudarme á mi primera señal. Excepto dos ó tres, los demás no se conocían, y, en su consecuencia, no era fácil que todos me hicieran traición. Un tal Nicholai, subalterno, fué elegido como jefe.

»La guarnición se componía tan sólo de cien-

»—¡Compañeros! ¡A las armas! ¡Nos han vendido!

»Todos le siguieron hasta la puerta del almacén y tomaron gran número de cartuchos. El oficial, que solamente tenía ocho hombres, amenazó hacer fuego contra todo aquel que opusiese resistencia, y fué á sacarme de mi prisión; pero la puerta de hierro era demasiado fuerte y faltaba tiempo para derribarla. Nicholai me instó á que le ayudase; pero todo



Me hundi en el cieno hasta las rodillas... consintiendo el gobernador que los soldados se burlaran de mí

to veinte hombres; pero estaban diseminados en el condado de Glatz, excepto los que yo gané, y de los cuatro oficiales que con ellos se contaban, tres se habían declarado en mi favor. Pronto se hicieron los preparativos. Ocultáronse espadas y pistolas en el horno que había en mi prisión. Yo me proponía salvar á todos los prisioneros y retirarme después á la ciudad de Bohemia.

»Desgraciadamente, un desertor austriaco, á quien Nicholai había confiado el secreto, descubrió nuestra conspiración, y el gobernador envió inmediatamente á un ayudante á la ciudadela, con orden de arrestar á Nicholai y sustituirle.

»Este ayudante, que era un teniente amigo mío y estaba en el secreto, advirtiéndonos lo que debíamos esperar. Nicholai, que conocía los conspiradores, varios de los cuales estaban de guardia aquel día, adoptó al punto su resolución. Salió fuera, gritando:

fué inútil; y al ver que nada más se podía hacer por mí, este valeroso hombre, poniéndose á la cabeza de otros diez y nueve, dirigióse á la puerta de la ciudadela, donde había un alférez con diez soldados, obligó á éstos á que le acompañaran, y así llegó sano y salvo á Braunau, en Bohemia, pues antes de que cundiera la noticia en la ciudad y se reunieran hombres para emprender la persecución, los fugitivos estuvieron á más de medio camino en su viaje.

»Dos años después encontré á este hombre extraordinario en Ofenburgo, donde se ocupaba en escribir. Púsose inmediatamente á mi servicio y fué mi amigo; pero murió algunos meses después, á consecuencia de una fiebre maligna, en mi casa de Hungría; pérdida que me causó un pesar profundo, porque su memoria me será siempre querida.

»Pronto me ví expuesto á muchas tribulaciones. Comenzó la persecución contra mí, como conspirador que trataba de corromper á los





Desgraciadamente, mi pie quedó cogido en un hueco de las tablas...

oficiales y soldados del rey, y ordenáronme que citara los nombres de los que me habían ayudado; pero me limité á contestar que era un prisionero inocente, un oficial injustamente perseguido, puesto que nunca se me formó causa, y que, de consiguiente, quedaba relevado de todos mis compromisos.

»Un teniente llamado Bach, de origen danés, estaba de guardia cada cuatro días, y era el terror de toda la guarnición, porque se distinguía como hábil maestro de armas. Trababa pendencias muy á menudo, y, por lo regular, dejaba siempre señales de su mano. Había servido en dos regimientos, y en ninguno de ellos



quiso nadie asociarse con él por esta causa, hasta que, al fin, se le incorporó al regimiento de guarnición en Glatz para reprimir sus instintos belicosos.

»Bach, sentado un día junto á mí, referíame cómo la tarde del día anterior había herido en el brazo á un teniente llamado Schell, y á esto repliqué yo riendo:

»—Si yo estuviese libre, paréceme que le costaría á V. algún trabajo tocarme con la espada, porque la manejo bastante bien.

»Al oír esto, se le encendió la sangre; arrancamos dos listones de madera de una puerta vieja que me servía de mesa, y al primer ataque toqué en el pecho á mi contrario.

»La cólera de aquel hombre no tuvo límites, y salió corriendo de mi prisión; pero ¡cuál no sería mi asombro al verle entrar un momento después con las espadas de dos soldados, que llevaba ocultas debajo de la levita!

»—¡Ahora,—dijo, dándome uno de los aceros,—vais á probarme lo que podéis hacer!

»Procuré calmarle, haciendo ver el peligro; pero todo fué inútil: me atacó furiosamente y le herí en un brazo.

»Entonces, arrojando su espada, precipitose sobre mí, abrazóme, me besó y lloró, diciéndome después:

»—Amigo mío, sois mi maestro, y es preciso que con mi ayuda obtengáis la libertad. A fe de Bach, me empño en ello.

»Le vendé la herida lo mejor que pude; fué secretamente á ver á un cirujano para que se curase bien, y volvió por la noche.

»El teniente Schell, que acababa de llegar de la guarnición de Habelschwert, debía de hacer guardia cerca de mí dos días después, y, por lo tanto, se suspendió toda tentativa. Yo no había recibido más fondos, y sólo me quedaban algunas monedas, por lo cual se resolvió que Bach fuera á Schweidnitz para pedir dinero á un amigo de confianza en aquella ciudad.

»Debe tenerse en cuenta que en aquel período los oficiales y yo estábamos en la mejor inteligencia, si bien debo exceptuar al capitán Roder, hombre muy rígido y escrupuloso que nos dió bastante que hacer en cuantas ocasiones le fué posible. El mayor Quaadt era pariente mío por parte de madre, profesábame la más sincera amistad y deseaba ardientemente que escapase al ver que mis desgracias eran cada vez mayores. Los cuatro tenientes que estaban de guardia cerca de mí, uno tras otro, eran Bach, Schroeder, Lunitz y Schell. El primero, como principal iniciador de mi fuga hizo todos los preparativos; Schell debía desertar para acompañarme, y Schroeder y Lunitz nos seguirían tres días después.

»No debe extrañarse que los oficiales de regimientos de guarnición se prestaran tan fácilmente á desertar, pues los más suelen ser hombres de violentas pasiones, ó pendencieros, ó cargados de deudas é impropios para el servicio. Se les envía, por lo regular, á la guarnición por vía de castigo, y consideráseles como la hez del ejército. Descontentos con su situación, muy reducida su paga y menospreciados

por las tropas, esos hombres, esperando mejorar, aventúranse en las más desesperadas empresas, porque ninguno de ellos espera ya recobrar su posición. Todos confiaban mejorar de fortuna por mi influencia, pues siempre había tenido bastante dinero, y con esto es muy fácil encontrar amigos en aquellos lugares en que cada individuo desea escapar de la esclavitud.

»Entretanto, el gobernador había llegado á saber que entre los oficiales y yo había mucha familiaridad, y, alarmado por esta circunstancia, envió orden de no abrir más mi puerta y de que se me diese el alimento por una especie de postigo que con este fin se construyó. La vigilancia de la prisión se confió al mayor, y prohibióse á éste comer conmigo, bajo pena de ser dado de baja.

»Estas precauciones fueron inútiles, pues los oficiales obtuvieron una llave falsa, y permanecían á mi lado día y noche.

»Cierta capitán Damnitz fué encerrado en una celda junto á la mía: este hombre había desertado del servicio prusiano, llevándose el dinero perteneciente á su compañía. Huyó á Austria, y allí obtuvo una plaza en el regimiento de su primo. Este último le indujo á servir de espía durante la campaña de 1744; pero le cogieron en territorio prusiano, y, habiéndosele reconocido, se le condenó á la pena de horca.

»Algunos voluntarios suecos que estaban en el ejército entonces, interesáronse en favor del infeliz, y su sentencia se conmutó por la de prisión perpetua, con nota informante.

»Este miserable, que dos años después, con ayuda de sus protectores, no solamente obtuvo su libertad, sino una plaza que le concedió el teniente coronel, era espía secreto del mayor para vigilar los prisioneros, y observó que, á pesar de la expresa prohibición impuesta á los oficiales, éstos pasaban la mayor parte de su tiempo en su compañía.

»El 24 de diciembre tocábale á Schell de guardia. Entró en mi prisión inmediatamente, hízome compañía largo tiempo, y convenimos en todo para la fuga cuando volviese á estar de guardia.

»Entretanto, el teniente Schroeder, que estaba en el secreto, comprendió que se nos hacía traición, sabiendo que el espía Damnitz había informado al gobernador que Schell estaba en mi habitación. En su consecuencia, poseído de inquietud, llegó corriendo á la ciudadela y dijo á Schell:

»—¡Sálvate, amigo mío! ¡Todo está descubierto y te arrestarán al punto!

»Schell hubiera podido huir sin dificultad, escapando solo, pues Schroeder tenía preparados caballos, y ofreció uno de ellos para acompañarle á Bohemia; pero aquel hombre pudentoso me dió en el momento del peligro una prueba de verdadera amistad. Entrando de pronto en mi prisión, presentóme un sable que llevaba oculto debajo de la levita y díjome:

»—¡Amigo mío: nos han hecho traición!—¡Sígame V. y no permita que yo caiga vivo en manos de mis enemigos!



»Yo trataba de interrumpirle; pero me cogió de la mano, añadiendo que le siguiera, porque no se podía perder un instante. En su consecuencia, me puse la levita y las botas, sin tener tiempo para recoger el poco dinero que aún me quedaba.

»Al salir de la prisión, Schell dijo al centinela: —*Conduzco al preso á la habitación del oficial; no se mueva V. de aquí.*

»A ella fuimos, en efecto, pero salimos por la otra puerta: Schell se proponía ir por debajo del arsenal, que no estaba lejos, ganar el camino cubierto, franquear las empalizadas y escapar después como mejor se pudiera. Apenas habíamos andado cien pasos, encontramos al ayudante y al mayor Quaadt. Schell retrocedió, saltó á la muralla y después por el muro, que no era muy alto por aquella parte. Yo le seguí *sin hacerme daño alguno, salvo una rozadura en el hombro*; pero mi pobre amigo, menos afortunado, se dislocó el tobillo. Con expresión resuelta, desenvainó su espada y presentómela, rogándome que le diera muerte y huyese. Era hombre pequeño y endeble; pero, lejos de hacer lo que me decía, le cogí en brazos, dejéle caer al otro lado de las empalizadas, y, cargando con él después áuestas, comencé á correr sin saber á dónde me dirigía.

»No estará de más fijar la atención en las afortunadas circunstancias que favorecieron nuestra empresa.

»El sol acababa de ponerse cuando nos fugábamos, y muy pronto comenzó á helar. Nadie se hubiera atrevido á seguirnos por el camino que tomamos, porque el salto era peligroso. Oíamos gran ruido detrás, y todo el mundo nos conocía; mas antes de que pudieran dar vuelta á la ciudadela y correr á través de la ciudad para perseguirnos, nosotros llevábamos media legua de ventaja.

»Antes de que hubiéramos recorrido un centenar de pasos, oyéronse los cañonazos de alarma, que atemorizaron mucho á mi amigo, pues sabía que en tales casos solía ser imposible escapar de Glatz, á menos de que los fugitivos llevarsen dos horas de ventaja, porque los pasos eran interceptados muy pronto por los campesinos y los húsares, cuya vigilancia es extremada. Apenas se ve que falta un prisionero, se disparan tres cañonazos en los tres lados de la fortaleza, y para esto se tienen las piezas cargadas día y noche.

»Aún no estábamos á quinientos pasos del muro, cuando delante y detrás de nosotros todo fué movimiento. Cuando dimos el salto, rayaba ya la aurora; pero nuestra tentativa fué tan afortunada como maravillosa, lo cual atribuí á mi presencia de ánimo y á la reputación que había adquirido de hombre temible, hasta el punto de creerse que yo era peligroso aunque me atacaran dos ó tres hombres á la vez.

»Suponíase, además, que íbamos bien armados para defendernos, y nadie sospechó que Schell llevaba solamente su espada y yo un sable viejo.

»Después de recorrer una distancia de trescientos pasos, senté á Schell en tierra y dirigí

una mirada á mi alrededor; pero la oscuridad llegó tan pronto, que no podía ver la ciudad ni la ciudadela, y, de consiguiente, supuse que tampoco nos divisarían á nosotros.

»La presencia de ánimo no me abandonó, pues habíame propuesto obtener la libertad ó perecer en la demanda.

»—¿Dónde estamos, Schell?—pregunté á mi amigo.—¿A qué lado se halla Bohemia? ¿Por dónde corre el río Neiss?

»El buen hombre no pudo contestarme, porque estaba perturbado y desesperaba de que pudiéramos escapar. Limitóse á rogarme que no permitiera que le cogiesen vivo, y me aseguró que todo cuanto hacía era inútil. Después de prometerle por todo lo más sagrado que le libraría de una muerte infamante si no quedaba otro remedio, con lo cual le reanimé, miró á su alrededor y pudo reconocer por algunos árboles que no estábamos lejos de las puertas de la ciudad.

»—¿Dónde está el Neiss?—pregunté.

»—Todo Glatz nos ha visto escapar hacia las montañas de Bohemia,—contestóme, señalando la dirección del río,—y es imposible librar-nos de los húsares, pues los pasos estarán guardados y nos rodean enemigos por todas partes.

»Al oír esto, cargué otra vez con él áuestas y le conduje hacia el Neiss. Entonces oímos claramente las señales de alarma en los pueblos y el rumor de gente que iba y venía. Llegué al río, que estaba helado, y entré en él con mi amigo. Algo peligroso era aventurarse por aquel paso; pero conseguimos ganar la orilla opuesta, aun cuando en un espacio fué preciso nadar más de lo que yo hubiera querido. El lector comprenderá que hacer esto en el mes de diciembre, y estar después al aire libre diez y ocho horas, era un riguroso padecimiento.

»A eso de las siete apareció la luna. Mi compañero me comunicaba calor; pero yo comenzaba á estar muy cansado; y el pobre Schell, con su pie dislocado, que yo no pude curar, el intenso frío y el temor á la muerte, sufría de una manera indecible.

»Sin embargo, estábamos ya más tranquilos, puesto que nadie nos perseguiría á Silesia. Seguí el curso del río por espacio de media hora, y después de pasar por los primeros pueblos que formaban la línea de deserción, muy bien conocida de Schell, tuvimos la suerte de encontrar un bote de pescador amarrado á la orilla. Saltamos á él, se cruzó otra vez el río, y muy pronto ganamos las montañas. Entonces nos sentamos en la nieve: la esperanza reanimó nuestros corazones, y comenzamos á discutir sobre lo mejor que podría hacerse. Yo corté una gruesa vara para que Schell pudiese andar solo apoyándose, cuando yo me cansara de llevarle, y así continuamos nuestro camino, cuyas dificultades aumentaron por las nieves de la montaña.

»Así pasó la noche, y algunas veces fué preciso andar con nieve hasta la cintura: no había pasos señalados, y por muchos sitios era imposible cruzar.



»Al fin, amaneció, y á esta hora creíamos estar cerca de las fronteras, que distan unas veinte millas desde Glatz, cuando de improviso, y no con poco terror, oímos el reloj de la ciudad que daba las horas. Acosados por el hambre y el frío, y rendidos de fatiga, no era posible que resistiéramos hasta la noche. Después de haber deliberado, seguimos adelante por espacio de media hora y llegamos á un pueblo situado al pie de la montaña. A un lado de ésta, á cosa de trescientos pasos de nosotros, veíanse dos casas aisladas, y la noche nos inspiró una estratagema que tuvo buen resultado.

»Habíamos perdido nuestros sombreros al saltar por las murallas; pero Schell conservaba el tahalí y la gorguera, que podían revestirle de cierta autoridad á los ojos de los campesinos.

»Me corté el dedo, froté la sangre contra mi rostro y camisa, y me vendé la cabeza para comunicarme el aspecto de un hombre peligrosamente herido. En tal estado, conduje á Schell á la extremidad del bosque, no lejos de aquellas casas. Detrás de una espesura me ató las manos á la espalda, aunque de modo que pudiera soltármelas en caso de necesidad, y emprendimos la marcha, yo delante, Schell cojeando detrás y pidiendo auxilio á cada momento.

»A poco se presentaron dos campesinos, y mi amigo les ordenó que fuesen al pueblo y avisaran al juez para que viniese inmediatamente con un carro.

»—He cogido este hombre,—dijo,—que ha matado mi caballo, y en la lucha he tenido la mala suerte de dislocarme un pie; pero, en cambio, le herí, y, gracias á esto, le traigo atado. Corred pronto, no sea que se muera antes de que le lleven á la horca.

»En cuanto á mí, dejé que me condujeran á la casa, como si estuviera medio muerto, y, entretanto, un campesino corrió al pueblo.

»Una anciana y una linda joven, compadeciéndose, al parecer, de mí, diéronme un poco de leche y un pedazo de pan; pero ¡cuál no sería mi asombro cuando el campesino que se había quedado con nosotros llamó á Schell por su nombre y le dijo que sabía que éramos desertores, pues la noche anterior, hallándose en una cervecería, entró el oficial encargado de perseguirnos, citó nuestros nombres y señas y dió á conocer los detalles de la fuga! Este campesino conocía á Schell á causa de haber servido en su misma compañía.

»La presencia de ánimo y la resolución era ya lo único que podía salvarnos. Sin vacilar un momento, corrí á la cuadra, mientras que Schell detenía al campesino en la habitación; pero tratábamos con un buen hombre, é indicó á mi compañero el camino para ir á Bohemia. No nos habíamos alejado más que á siete millas de Glatz, por habernos perdido entre las montañas, donde vagamos de un lado á

otro, recorriendo inútilmente varias millas. La hija de la casa me siguió á la cuadra, donde encontré tres caballos, pero no bridas: le supliqué que me ayudase y pareció muy afectada. Después de vacilar un poco, dióme dos bridas, conduje los caballos á la puerta, llamé á Schell y ayudéle á montar. El campesino, hombre de edad, comenzó á sollozar y me rogó que no me llevara sus caballos; mas, por fortuna, no era hombre de valor, y tal vez no tuvo suficiente fuerza de voluntad para oponerse á nuestra marcha, pues en el estado en que nos hallábamos, una simple horquilla le habría bastado para detenernos hasta que llegara auxilio del pueblo.

»Y ahora imagínese qué aspecto ofreceríamos á caballo, Schell con su uniforme y yo con mi levita reglamentaria. Sin embargo, corríamos peligro de ver desvanecidas todas nuestras esperanzas, pues mi caballo no quería moverse de la cuadra. Gracias á lo mucho que conozco estos animales, le obligué, al fin, á moverse. Schell se colocó delante para guiar, y, apenas hubimos recorrido la distancia de cien pasos, ví una multitud de campesinos que llegaban del pueblo. Por una feliz casualidad, cuando se recibió en aquél la noticia de nuestra llegada, era día festivo, y casi toda la gente estaba en la iglesia. A no ser por esto, no hubiera habido remedio para nosotros.

»Fué preciso tomar el camino que conduce á Wunshelburgo y cruzar por la ciudad donde Schell había prestado sus servicios un mes antes, por lo cual todo el mundo le conocía. Nuestro traje, sin sombreros, y sin bridas los caballos, indicaban harto claramente que éramos desertores; pero seguimos adelante sin tropiezo, y por fortuna pudimos atravesar la ciudad, aunque había una guarnición de ciento ochenta infantes y doce caballos, expresamente para detener á los desertores. Schell conocía bien el camino á Brummen, á donde llegamos á las once. Desde aquí nos dirigimos á Braunau, y ya estuvimos en salvo.»

## »»»»» PENSAMIENTOS «««««

—Convertir el amor en pasatiempo es profanar el cariño.

—No abuses jamás de la abnegación, ni con testes con egoísmo al amor.

—Así como de lo sublime á lo ridículo media muy escasa distancia, del mismo modo de la pasión amorosa al pecado sólo media un paso. Al buen juicio toca no salvar nunca esta distancia.

—No te desanimes si dejan de hacer justicia á tus buenas condiciones.

Pues la justicia es tan rara como la dicha.

—Hay que acordarse de la muerte, sin miedo, como un desenlace forzoso, ni temido ni deseado.